

FR. GERUNDIO.

YA ESCRIBO YO.

Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis.... et non semper in eodem statu permanet.

Job cap. 14, vers. I.

«Desde el momento que el hombre asoma las narices ó la patita (segun como venga el parto) á este mundo, para miserables cuatro dias que ha de vivir, todo se le vuelve alifafes..... y no lleva la salud en el bolsillo.»

La traduccion de este testiculo de Job que acabais de leer, hermanos mios, no penseis que es version literal del *P. Scío* ó del ilustrísimo *Torres Amat*, ni esposicion parafrástica de *Duhamel* ó de *Cornelio á Lálide*, sino traduccion libre de

Fr. Gerundio hecha de memoria en la cama: en la cama, si señores, donde ha pasado mi Reverendísima humanidad mas dias de los que quisiera; pero que como dice el hermano Job, «el hombre nacido de muger no siempre puede estar sano y correcho,» *non semper in eodem statu permanet*; en la cama me acordé de esta sentencia de mi amigo el pacientísimo varon de la tierra de *Hus*, y en la cama la traduge, pues aunque la cama se hizo para el descanso corporal del hombre, y mas del hombre enfermo, de mí puedo decir que en estos dias ni el cuerpo ha tenido en ella sosiego, ni el espíritu ha gozado de quietud y de reposo. El reuma y los suscritores, las sanguijuelas y los ministros, las purgas y las contribuciones, las drogas y Cabrera, los médicos y Luis Felipe, los estimulantes y las elecciones, la calentura y el público, las friegas y las capilladas, eran otras tantas espinas que así punzaban mi cuerpo como agujoneaban mi espíritu, y así robaban á aquel el reposo como tenían á éste desasosegado é intranquilo.

Lo único que me tranquilizaba era la conformidad y resignacion cristiana á que yo apelo en estos casos, y el repetir con Job: «¿cómo ha de ser! *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis..... et in eodem statu non permanet.*» Miserias humanas! Nadie tiene la salud en el bolsillo; y barto hice en estar dando cuatro ó cinco capilladas luchando con mi indis-

posicion por no faltar al páblico, y de no haberme cuidado en tiempo me viene el pasarlo peor ahora, y de aquellos esfuerzos vienen estos dias de cama.

En este estado nada sabia de mundo sino la que me queria decir Tirabeque. Mientras me estaba aplicando *las ministros* (que asi llama él á las sanguijuelas) á la boca del estómago, me contaba que en Alcalá por disposicion del intendente habia soldados de planton á las puertas de las casas, á manera de sanguijas, con una peseta por cada hora mientras aquellos pobres enfermos no acabasen de soltar la sangre de las contribuciones. Y me referia que en la provincia de Segovia los paisanos de los pueblos se iban quedando casi todos sin camas, porque todas las van embargando los comisionados de la intendencia por cuenta tambien de las contribuciones. Con estas alegres y divertidas anécdotas procuraba él entretenerme para que no sintiese yo las picadas de mis *ministras*, de las cuales prendieron ocho, que la que mas y la que menos salió tan rellena como un Toreno. De todo esto hago memoria porque los enfermos solemos ser como los pueblos, que despedajamos y despabilamos cuando nos chupan la sangre, si bien es verdad que de nada nos suele servir sino de conocer nuestra debilidad y nuestro desfallecimiento, sin mejorar por eso el estado de nuestra salud.

Administrábame Tirabeque las medicinas y los

caldos, dice él que *con puntualidad, aplicacion y aprovechamiento* á manera de certificado de curso escolar. Ayer Inego que me levanté me presentó la cuenta de gastos de casa y botica durante la indisposicion. Nada me llamó tanto la atencion como la partida de gallinas. «Hombre, le dije, tendremos precisamente un gallinero numeroso en casa; no sé para qué has traído tantas, pues por larga que sea la convalecencia creo que no podré consumir las yo solo.—No señor, me respondió; si las gallinas las ha consumido vd. ya.—Yo! ¡Cómo, si he estado á dieta, y no he comido hasta hoy ni un alon de pollo!—Es que las ha comido vd. en caldos, señor.—Las habrás zampado tu, glotonazo.—Si señor, yo las he comido, pero las traía para vd. Es decir, señor, para que vd. me entienda, porque vd. debe tener la cabeza todavia algo debil, y no quiero que se canse vd. en discurrir mucho: yo traía las gallinas para hacer á vd. buenos caldos, y como los médicos me encargaban que éstos tubiesen poca sustancia, apartaba yo la sustancia para los caldos míos, y en seguida me comía las gallinas, porque éstas una vez que estén cocidas ya no sirven mas que para comerlas.—¡Ah bribon! ¡Y para eso has consumido un corral entero de aves! Asi estás tu de gordo, mientras yo me he quedado macilento y flaco.—Señor, eso nada tiene de particular, porque á mi ver en eso consiste la gordura de todos los que administran, ea que dan á los demas un caldo desustan-

ciado y ellos se mauducan las gallinas.

Íbame á esplicar por este sistema la gordura y crasitud de los que administran é intervienen en la hacienda tanto militar como civil de esta enferma nacion, pero son comparaciones estas, que aunque de mucha esactitud no se cuenta de ellas que hayan aliviado la salud de ningun convaleciente; por lo que le dije que no se molestara en esplanarlas.

En fin, poco á poco iré orientando á vds. de lo que el tal Tirabeque ha hecho y con él me ha pasado durante los dias de mi indisposicion, pues en este artículo no ha sido otro mi ánimo sino el decir á vds. que ya se levanta mi Paternidad, y que aunque no restablecido, porque mal pudiera estarlo en tan poco tiempo, *ya escribo yo, y espero que no habrá necesidad de que Tirabeque sustituya á su amo redactando medias capilladas, y mauducándose gallinas enteras.*

Un cazador,
y no de faisanes,
que apunta á las corvas
y dá en el gazzate.

Lo mismo me era hacer al cazador de faisanes que de perdices, pero de decir perdices tenia que

dar en las narices, en tal caso la eoplilla traería para muchos reminiscencias de no nada grata sensación para el olfato; cosa que yo trato siempre de evitar para mí y mis lectores, tanto que si pudiera ser, les daría las cápilladas empapadas en esencia de rosa, ó si les gustaba olor mas sabido, en el *Parahouly* de Mr. Piver, afamado perfumista de Paris, ó haría que como dice no me acuerdo si Juan de Mena ó Jorge Manrique,

dicran olor sobieco las letras bien olientes,
y en homos refrescáran las caras é las mientes.

Por lo demas para el objeto es igual que el cazador sea de perdices, que de faisanes, que de gangas, que de chorlitos, y que apunte á las corvas ó á las pantorrillas, y dé en las narices ó en el gazuato, ó bien en la nuca ó en el cerebelo. El caso es que apunte á un lado y dé en otro, que es la puntería mas sospechosa y el golpe mas temible.

Una puntería de esta clase es la que ha hecho, aprovechando la ocasion de que mi Paternidad estuviese postrado en cama,

un cazador
llamado *Coliantes*,
que apunta á las corvas,
y dá en el gazuato.

Ya á mí se me habia hecho sospechoso el esmero y cuidado que por mi salud aparentaba tener el ministerio, pues no se pasaba día sin que Tirabeque me pasase uno ó dos recados, señor, ahí

están de parte del consejo de ministros á saber como sigue vd.—Di que muchas gracias, que me siento algo mejor, y que no deje de dar un recado á sus excelencias mis amigos.» ¿Y para qué era toda esta atencion y euidado? ¡Oh malicia! ¡Oh doblez! ¡Oh falsa politica ministerial! Con el fin de prevalerse de mi postracion, y aprovecharse de mi estado egritudinal para expedir la circular de 5 de diciembre a los gefes politicos; circular que apunta á las corvas y dá en las narices.

Como quien dice: aprovechemos la ocasion de estar Fr. Gerundio malo, con eso no habrá quien diga á los pueblos que la circular no dá donde apunta, y no apunta donde dá: y dirán los pueblos: «verdaderamente el gobierno ha dado una prueba de su amor á la justicia, al orden, á la libertad, y á la legalidad.» Pero se levantó Fr. Gerundio, leyó la circular y dijo:

Esta circular,
oh hermano Collantes,
apunta á las corvas
y dá en el gaznate.

Sin embargo, no se entienda por eso que la circular apunta materialmente á la parte de la pierna opuesta á la rodilla, y ataca la traquiarteria de nadie, que no es Calderon Collantes hombre que así intente agobiar con circulares el pasapán de ningun viviente por progresista que sea. Quiere decir solamente que la circular en la apa-



riencia tiende á que los gefes políticos den á las elecciones toda la libertad y legalidad que deben tener, pero *en realidad* lo que viene á mandarlos es que echen los bofes por ganarlas en favor del gobierno, autorizándolos al efecto con cuantos medios y cuanta amplitud les da su posicion, y esto es lo que yo Fr. Gerundio llamo apuntar á las corvas y dar en el gaxnate. Es el documento mas insidioso que de pluma ministerial ha visto mi Reverencia salir, y por eso merece que Fr. Gerundio diga dónde apunta y dónde dá.

«Reclamará V. S. (dice) del intendente una lista esacta de todas las personas que por las cuotas de contribucion que satisfagan sean electores..... Procurará que los jueces de primera instancia, los alcaldes celosos y de sanas opiniones y las personas de arraigo y probidad formen y remitan listas de todas las personas que no hallandose comprendidas en el caso anterior, gocen del derecho electoral por cualquiera otro concepto &c.» Cuidará V. S. de que las cabezas de los distritos se establezcan en los puntos mas cómodos y proporcionados (1), prefiriendo siempre aquellos pueblos cuyas autoridades hayan dado mas pruebas de ilustracion, probidad y respeto á las leyes (2).»

De forma que el gefe politico, como presidente de la diputacion provincial y de los ayuntamien-

(1) Esto es apuntar á las corvas.

(2) Esto es dar en las narices.

tos, intervendrá (y así se lo encarga) en las listas que hagan los ayuntamientos y la diputación provincial. Después reclamará una lista del intendente, luego otras listas de los jueces de primera instancia, en segunda otras listas de los alcaldes de su satisfacción, otras listas de las personas de arraigo de su comarca, otras listas de los sujetos de probidad; y de todas estas listas que pueden llegar á ciento ó á mil, según la afición que cada jefe tenga al listage, hace él un *liston* general á su modo, á imitación de aquel juego de prendas en que cada uno da una flor, y de ellas se hace un ramillete, y este ramillete se le regala regularmente á la señora de la casa. Pero el jefe político no regalará el *liston* al señor de su casa, que es el gobierno, sino que por la instrucción 7.^a de la circular, dispondrá que se haga una edición del *liston electoral* ese, y le pondrá de venta en todos los pueblos de la provincia á un precio módico, dice la circular.

El precio, aunque no lo señala Calderón Collantes, se da por supuesto que no deberá pasar de dos cuartos, que es el máximo del precio de los papeles de calle en la corte: es decir, el gobierno, ó sea los jefes políticos en su nombre, podrán vender las listas á los ciegos á cuarto, y después ellos las venderán á dos, que es lo que en la corte se acostumbra, y al cabo todo es especular. Y verdaderamente que es una novedad de buen gusto la introducción de la venta de listas electo-

rales, pues será un placer oír en todos pueblos: «á dos cuartos, el liston general que el gefe político ha hecho de las mil y una listas que ha recogido de toda la provincia: á dos cuartos, á dos, el liston, el liston.»

En suma, la circular parece dada para asegurar la libertad en las elecciones (1), y lo que hace es dar una intervencion directa, escesiva y escandalosa á los gefes políticos (2). Les manda intervenir en la formacion de listas para evitar fraudes (1), y les hace instigadores de los jueces de 1ª instancia, particulares y otros, que ni deben ni pueden tomar semejante parte en las elecciones (2). Con que en resumidas cuentas el hermano Calderon Collantes se ha acreditado con su circular

de buen cazador,
y no de perdices,
que apunta á las corvas
y dá en las narices.

-
- (1) Apuntar á las corvas.
(2) Dar en las narices.
(1) Apuntar á las corvas.
(2) Dar en las narices.

LOS DEVOTOS.

Señor, señor (entró diciéndome Tirabeque el domingo por la mañana antes de levantarme), ¡viva la religion! Bendita y alabada sea la purísima Concepcion de María Santísima señora nuestra concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser natural, amen Jesus.— Para siempre sea bendita y alabada, le dije. ¿Pero á qué viene hoy ese saludo tan religioso y tan inusitado?—Le diré á vd., señor: lo necesitado consiste en que hoy es día de la Purísima Concepcion, y siempre es bueno encomendarse al santo del día: y lo religioso es porque vengo admirado de ver cuanta religion hay hoy por Madrid, señor.—¡Hombre! ¿Hay hoy mucha religion por Madrid?—Señor, hay tanta que yo veugo aturrido. Por las calles no se ve mas que gente devota, y digo gente devota, porque he reparado que todos se meten en las iglesias: las puertas de los templos están como enjambres: señor, le digo á vd. que he visto hoy mas religion en Madrid que en todo el año y medio que llevamos en la corte.—En parte no es extraño, porque siendo como es la Concepcion la Patrona de las Españas, es natural que en tal día se redoble el fervor de los fieles españoles. Ademas creo que ha de haber jubileo en todas las iglesias de nuestra señora, y bendicion papal en S. Juan de Dios.—¿Qué san

Juan de Dios ni S. Juan de la Virgen, señor, si es en todas las iglesias por igual?—Pues hombre, esa ya es novedad. Vaya, es menester que te acerques á alguno de los templos, y te enteres de lo que hay, y vuelvas á darme razon; anda.

Salió Tirabeque, y entretanto mi Paternidad enferma quedó dando gracias á la Virgen patrona de las Españas por el aspecto devoto y edificante que en su dia presentaba la capital del reino católico. Cuando regresó Pelegrin me encontró un poco adormitado, y acercándoseme con paso tímido me preguntó con voz baja: «Señor, ¿duerme vd.?—Ola, Pelegrin.—¿Dormía vd., señor?—No, hombre; me habia puesto á rezar un poco dando gracias á la Virgen por los progresos de la religion en la corte, y me parece que me habia quedado un poco traspuesto.—Fues señor, todo lo que vd. haya rezado cuéntele por perdido.—¿Cómo es eso, hombre?—Si señor, por mas perdido no doy yo un cuarto: puede vd. decirle á la Virgen que no hay nada de lo dicho.—En ese caso tu me has engañado.—No señor, el engañado fui yo, que lo he sido como un cochino.—Como un chino querrás decir, hombre, que no como un cochino.—Yo ereo quede ambos modos, señor, porque ha de saber vd. que la devocion de hoy ha sido una engañaifa, porque no ha sido devocion de devotos, sino de votos.—Pues bien hombre, devotos se llaman los que tienen la virtud de la devocion.—Si señor, pero estos no son devotos sino de votos.—¿Quieres burlarte de mi y

de mi estado? Pues mira que aunque estoy así puede ser que te dé...—Señor pare vd. un rato en ese *de*: ahora diga vd. *votos*: así eran estos hombres de *votos*, parando un rato en el *de*.

Acalorándome iba ya con su ininteligible y pesado retruécano, cuando empezó á explicarme que la estraña y prodigiosa concurrencia á los templos, nunca vista en Madrid, era para el objeto de nombrar electores de parroquia ó sea compromisarios para la renovación de concejales que el domingo próximo se habrá de verificar. «Eso es otra cosa, le dije: ahora ya puedes contarme lo que has visto.

Verá vd., señor. Desde aquí me fui derecho á la iglesia de Monserrate.—Monserrat se pronuncia, hombre.—Bien señor, á Monsarratti. ¡Ah señor! ¡Qué bueno estaba aquello! En primer lugar no se podía entrar, pero yo empecé á dar repujones á un lado y á otro, y allá me colé. Luego que me ví dentro, le pregunté á uno: diga vd., hermano, aunque sea mala pregunta, ¿es esto la iglesia?—Pedazo de bruto, me respondió, ¿no ve vd. los altares?—Pues pedazo de bárbaro, le repliqué yo, en ese caso ¿por qué está vd. embozado y con el sombrero puesto? En esto se llegó á mí otro con un cigarro en la mano diciéndome, «mozo, ¿tiene vd. fuego?—No señor, le respondi, pero allí junto á aquel confesionario de la derecha está uno fumando.» Y allá se fue. En esto oigo decir á voces: «Jacinto Martínez, tendero, vive en la calle de Atocha, núm. tantos, cuarto bajo.»—Francisco Lopez,

calle del Amor de Dios, núm. tantos, guardilla.

Aguarda, no pases de la boardilla.—No señor, de la guardilla no puedo pasar.—¿Y con esa irreverencia, tal como la pintas, estaban dentro del templo?—Señor, yo en cosas de iglesia no falto á la verdad ni un lapiz.—Apice se dice. Pero al menos los altares estarían cubiertos.—Mire vd.: solamente delante del altar mayor habia una tirita especie de sabanilla, en seguida de la cual estaba la mesa á la parte de dentro de la barandilla en el presbiterio; y allí iban saltando los votantes por encima de unos bancos: al lado del saltadero habia una lámpara, y en esta lámpara tropezaban muchos al tiempo de saltar, y como ademas de darse un buen escorron se veían prin-gados de aceite, era una diversion oír los gloris-patris que echaban por aquellas bocas. Otros por despachar luego con su voto, pasaban por encima de la mesa de un altar, y como derribasen un misal ó un candelero, y este cayera sobre la cabeza de otro que estaba sentado en la tarima, se arma-ban unos rezos á coro, que era la que habia que oír.

Pues verá vd.: salí como pude de Monserrattí, y me dió gana de entrar en Sto. Tomas al tiempo que oí una gritería: «afuera ese hombre; que salga, que salga, echarto.» Vaya, dije para mí, esto es que se ha introducido aquí algun judío ó algun escomulgado, y no quieren los cristianos alternar con él conforme á las leyes de la iglesia.» Cuando

en esto que reparo, y veo que era el Sr. Benavides, aquel que hablaba tanto en las cortes, señor. —Calla, calla, simple, ¿cómo ha de ser eso?— Señor, le digo á vd. que son cosas de iglesia, y que no le cuento ni esto (dijo llegándose la uña del dedo pulgar á los dientes superiores). Yo pregunté por qué le echaban de aquel modo, y me dijeron que porque se había presentado á votar no teniendo derecho á ser elector segun la ley.

Sea como quiera, Pelegrin, nunca hay razon para lanzar del templo de una manera tan brusca nada menos que á un respetable ex-diputado, como si fuera uno de aquellos traficantes que Cristo arrojó del de Jerusalem, lo cual prueba bien la lamentable intolerancia de los partidos. De estrañar es que un ex-representante de la nacion se presentara á votar no estando adornado de las cualidades de la ley, que debia saber muy bien, pero eso debió hacérsele entender por buenos modos, y nunca de esa manera tumultuaria que cuentas. Y este hecho, y las muchas irreverencias que dices haber visto cometer, junto con otras que es de suponer se hayan cometido en otros templos, me inducen á aconsejar al gobierno que otra vez disponga, ó que estas reuniones electorales y populares no se celebren en las parroquias, ó que tome otras medidas para evitar las heridas que se abren á la religion con unas irreverencias que tanto deshonran á un pueblo católico.

Otras muchas curiosas anécdotas me contó Ti-

raheque, que fuera largo y minucioso enumerar. Posteriormente he sabido que la causa del extraordinario hormiguéo electoral que se notó el domingo fue que el partido jovellánero y el del gobierno, que yo no sé si es uno mismo ó son dos, pues yo en estas cosas ni juego ni doy barato, se preparó en regla para el triunfo de esta avanzada de campaña electoral: los Filipinos madrugaron como los jornaleros, y enviaron á votar hasta los perros de sus dependencias: el gobierno mandó que votasen no solo todos sus empleados, sino hasta los tinteros de las oficinas: noticiosos de esto los progresistas se dieron á buscar electores, y yo creo que los sacaron hasta de debajo de las alcantarillas: de modo que entre unos y otros armaron un rebullicio electoral que fue una gloria. El resultado es que los llamados progresistas ganaron 35 de los 37 electores parroquiales. El gobierno y los Filipinos dicen que fue cometiendo mil ilegalidades, y les creo. Los progresistas dicen que los otros hicieron cuantas trampas pudieron, y tambien les creo. Fr. Gerundio metido en su celda no puede hacer sino decir á unos y á otros: *«Ego autem dico vobis: filii mei: hijos míos, así me gusta: ingeniar-se cada uno lo que pueda, y á quien Dios se la dé S. Pedro se la bendiga.»*